

Lunes de Pascua

Seamus Heaney

Traducción de Pura López Colomé

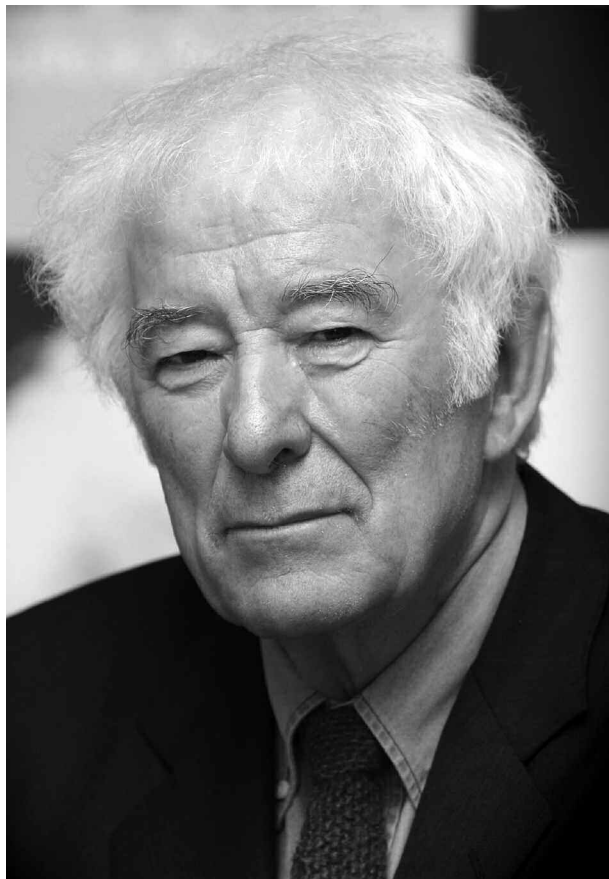
El 13 de abril de 2009 fue Lunes de Pascua. Ese día, el gran poeta irlandés Seamus Heaney, Premio Nobel de Literatura en 1995, cumplió setenta años de edad. Su aniversario fue celebrado en su país con entusiasmo y con el gran cariño y no menor admiración que sus compatriotas sienten por él; en Dublín, Heaney leyó el siguiente discurso, traducido especialmente para la Revista de la Universidad de México por la poeta y ensayista Pura López Colomé, quien estuvo presente en esas fiestas dublenses.

Desde el instante en que se propuso esta celebración —y en especial después de enterarme de que mi amigo John Kelly estaría aquí, a mi lado, de cara al auditorio y, por fortuna dando la cara por mí—, he estado esperándola con ansias, sí, con ansias, y con sentimientos encontrados. De vez en cuando, el Lunes de Pascua hacía su aparición en el calendario que tengo enfrente, como de costumbre, en calidad de luminoso día festivo; pero en otras ocasiones, parecía más una fecha límite que se asomaba por ahí. Dicho de otro modo, desde un principio me di cuenta de que tendría que estar a la altura de las circunstancias esta noche, aunque no estaba muy seguro de que podría elevarme *tan* alto. Y de todos modos, quienes habían propuesto la celebración eran personas que ocupaban posiciones tan distinguidas en la vida irlandesa, y a quienes en lo personal yo tenía en tan alta estima, que habría resultado sumamente difícil declinar la invitación.

Estoy profundamente agradecido tanto con las personas como con las instituciones que representan, por

el compromiso y la coordinación del esfuerzo que nos ha traído a todos al IMMA (Irish Museum of Modern Art) esta noche. Me siento honrado sin medida por estar al centro de tal atención, a un tiempo enaltecido y comprometido. Asimismo, siento la necesidad de mostrar que gratitud no significa dar nada por hecho. Y como mi vida en general ha recibido extraordinarias bendiciones, estos sentimientos me son habituales. Desde el momento en que apareció mi primer libro, *Muerte de un naturalista*, en 1966, cuando tenía veintisiete años, y hasta este feliz aniversario —diez poemarios después—, mi trabajo ha sido siempre bien recibido, y ha gozado de crédito, aquiescencia y reconocimientos como nunca me los habría imaginado durante aquellas dos primeras décadas de mi vida.

Todo sucedió como por arte de magia. Poco después de cumplir los veinte, circulé por la *ceo draoíochta* de la poesía contemporánea —la poesía irlandesa, inglesa, escocesa, galesa y norteamericana. Durante aquellos pri-



Seamus Heaney

meros años de emoción creativa, descubrir la compañía de otros poetas, jóvenes y viejos, del norte y del sur, fue como si la niebla matinal que alguna vez se había cernido encima de los campos del Palurdo de Patrick Kavanagh, la niebla donde él conoció al dios de la imaginación, hubiera descendido sobre mi propio terreno natal en el condado de Derry. Me dispuse a rimar para verme a mí mismo, tal como lo afirmaban los versos finales del poema también final de aquel primer libro, “para verme a mí mismo, / Para echar a andar el eco de la oscuridad”.

Curiosamente entonces, poco después de la favorable recepción de *Muerte de un naturalista*, en aquel primer momento de atención literaria, de la primera lluvia de buenas reseñas, escribí otro poema que no se publicó hasta varios años más adelante. Se titulaba “Anteo”, y era un monólogo emitido por la voz de aquel personaje legendario. Según la mitología griega, el gigante Anteo había nacido de la tierra, y sus fuerzas y valentía se derivaban del contacto con ella. Esto significaba que cada vez que caía por tierra en una pelea o lucha, cada vez que parecía estar derrotado, en realidad ocurría todo lo contrario: en cambio, hacía acopio de fuerzas y recargaba sus baterías, disponiéndose a levantarse una vez más, renovado y listo para la pelea.

Yo me identificaba con este hombre de la tierra porque *me veía a mí mismo* como una especie de hombre de tierra, con los pies poéticos muy bien puestos en la tierra local. En esa etapa, yo también me sentía listo para

la pelea, pues acababa de escribir un libro que comenzaba con las imágenes de un hombre cavando, “que iba más y más hondo en busca de la buena turba”, y que terminaba en mi joven ser poético mirando hondo en el “cielo atrapado” al fondo de un pozo. Por lo tanto, yo consideraba a Anteo un espíritu guardián, un emblema de cualquier clase de don poético que pudiera yo tener. No obstante, me resultaba insoslayable el hecho de que Anteo, pese a su fuerza, era todo menos invulnerable; yo sabía muy bien que sería derrotado al final por otro héroe, el poderoso Hércules. Hércules probó ser un digno rival para Anteo en cuanto a fuerza muscular, y aún más digno en seso, pues se había percatado, durante el forcejeo, de que la manera de vencer al gigante consistía en tenerlo en alto, en vez de arrojarlo por tierra. Para hacerlo caer muy bajo había que alzarlo. Así que lejos de tirar a su adversario, Hércules lo mantuvo elevado, dejando que se le escurriera toda la fuerza. Motivo por el cual hice que Anteo diera voz a su ansiedad en los versos finales del poema. Dice así:

Que cada nuevo héroe vaya
Por Atlas, y manzanas de oro a buscar.
Deberá luchar conmigo antes de pasar
Al ámbito de la fama

Junto a los en alto nacidos:
Ya podrá tirarme y renovar mi nacimiento
Mas no intentar de la tierra mi levantamiento:
Sería mi elevación mi caída.

A estas alturas resultará sencillo ver por qué les estoy contando todo esto. Lo que quiero decir es que desde un principio sentí que debería ser cauteloso en todo momento de gran elevación. Los honores llegan sin buscarlos: son dones puros que siempre hay que agradecer; mas no dejan de ser, igualmente, algo de lo que hay que sobrevivir. Pueden crear una imagen mayor que la vida misma. Es más fácil, sin duda, sobrevivir a una sobrevaloración que a una devaluación, si bien ni eso queda exento de peligros. No es casualidad que Satanás quisiera tentar a Cristo llevándolo a la cima de una alta montaña. Yo sentí, de cualquier modo, incluso allá por 1966, que más me valía mantenerme sobre o cerca del nivel de la tierra. Al mismo tiempo, también quedaba por ahí la necesidad de enfrentar un mundo nuevo y más amplio que aquel al que conducía la vida de la poesía, es decir, las cosas con las que ese mundo lo hacía a uno enfrentarse por vía del desafío, o que le ofrecía a uno por vía de la recompensa.

El cauce que entonces aprendí a seguir, el cauce que fui obligado a seguir por temperamento y por un decidido acto de conciencia, fue el de la vía interme-

día. Tal como lo dije en otro poema, crecí en medio. Crecí donde el “lindero” de mundo no sólo significaba enemigos desfilando uno contra el otro en son militar, sino también la valla, sumidero o corriente donde se delimitaban los campos vecinos. Donde un lado se encontraba con el otro. A la postre, yo mismo *terminaría* en medio, un norteño en el sur, alguien nacido en el terreno agrícola de Anteo, pero destinado eventualmente a vivir y respirar en el aire imaginativo de Hércules, sujeto en todo momento a la gravedad y las penas de nuestra condición humana; y susceptible, además, a la elevación del corazón paralela a la elevación de los ojos al cielo.

El sentido de la historia de Hércules y Anteo es tanto complicado como sumamente poderoso. Nos dice que estamos hechos para vivir al menos en dos lugares a la vez, en dos dominios colindantes. Debemos mantener los pies en la tierra para dar a entender que no hay nada bajo nosotros, pero debemos también elevar los ojos para decir que no hay nada más allá de nosotros.

En esta ocasión, sin embargo, se me ha honrado de tal modo, de tal modo se me ha cubierto de regalos de cumpleaños, que me siento tan privilegiado y casi tan apto como Próspero, el hombre capaz de convocar a la música del aire, consultar sus libros de magia, y al igual que un cineasta o ingeniero de sonido, hacer aparecer ante sí escenas de su vida pasada. El concierto transmitido en FM, que incluía las obras comisionadas a Rachel Holstead, Kevin O’Connell e Ian Wilson, fue extático, pleno de sonidos y dulces tonadas que podían

haberse escuchado en la isla de Próspero; la exposición del IMMA no sólo pone de relieve la belleza de cada uno de los libros, sino que les añade una nueva dimensión gracias a la exhibición de otras obras de los artistas involucrados; y hoy mismo estamos celebrando, en particular, la conclusión de los estuches de grabación fílmica de los poemas, impecablemente llevados a cabo bajo la supervisión de Tim Lehane, con la lúcida introducción del poeta Peter Sirr; y por si esto fuera poco, para redondear las cosas perfectamente, mañana por la noche veremos la transmisión, por el canal de televisión de RTE, del hermoso documental, fiel a los cielos y con los pies en la tierra, de Charlie McCarthy, titulado “Desde lo maravilloso”.

En realidad, es mucho lo que completa el círculo esta noche... Aquí se encuentran amigos cuyo trabajo y cuya compañía me han ayudado a transitar por los escalones de toda una vida. Tanto familiares como amigos de la familia están aquí también. Todos ustedes están aquí, ya sea en este salón o escuchando la radio. Todo lo cual, si bien supera mis expectativas, me hace no albergar ya sentimientos encontrados. Es ésta una ocasión totalmente luminosa. Y si la rueda ha dado toda la vuelta, eso sólo significa que se dispone a dar la vuelta una vez más. Este cumpleaños, en otras palabras, no se trata nada más de seguir adelante: se trata sobre todo de ponerse en marcha de nuevo mañana por la mañana, cuando mi Anteo interior tenga que levantarse como de costumbre para enfrentarse a mi Hércules interior. Así pues, me siento profundamente agradecido por la tónica de estos homenajes. No son regalos de retiro, sino ratificaciones y alientos. Gracias a ellos y a ustedes he de continuar comprometido y enaltecido, viviendo más feliz que nunca. Y para siempre. **U**

